

La Comédiathèque

Cama y Desayuno

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>**

Cama y Desayuno

Jean-Pierre Martinez

Huyendo del estrés de la vida parisina, Adán y Eva se instalan en una antigua granja de los Alpes franceses. Para romper el aislamiento y llegar a fin de mes, deciden abrir una habitación para huéspedes. Pero, cuando llega su primera pareja de clientes, descubren que incluso en aquel rincón del paraíso el infierno puede estar en casa...

Reparto

Adán

Eva

Francisco

Bernarda

TARDE

La terraza de una antigua granja de montaña, restaurada y convertida en casa rural. Adán y Eva descansan en sendas tumbonas.

Eva – Qué paz... Por las mañanas me despierta el canto de los pájaros, no la alarma del móvil... Llevamos casi tres meses aquí y todavía me parece mentira... Es como vivir en el paraíso.

Adán – La calma antes de la tormenta...

Eva – Será el paraíso terrenal, pero hay que seguir ganándose el pan con el sudor de la frente. Tú, claro, puedes pintar en cualquier parte: yo soy tu modelo...

Adán – Mi musa...

Eva – Y yo, ¿qué iba a hacer aquí, aparte de montar una casa rural y vender queso de cabra?

Adán – Mmm...

Eva (*pensativa*) – Nuestros primeros clientes...

Adán – El bautismo de fuego.

Eva – Tendremos que estar a la altura. Confío en ti. Tu amabilidad natural... Tu sentido de la hospitalidad...

Adán – Y ellos, ¿crees que estarán a la altura? (*Pausa*) ¿Te das cuenta? Dejamos París para escapar de todos esos idiotas, y ahora, todos los fines de semana, los tendremos durmiendo en nuestra casa...

Eva – Y cenando...

Adán – ¡Ah, no! ¿También han reservado la cena en casa?

Eva – ¡Quizás sean muy simpáticos! Puedes considerarlos como amigos que he invitado...

Adán – A mis amigos no les cobro.

Eva – No. Además, casi nunca los invitas...

Adán – Puede que tengas razón. Por lo menos, si resultan ser unos idiotas, cuando nos paguen antes de marcharse sabremos por qué hemos perdido el día cocinando y la noche dándoles conversación.

Eva – Todo depende de dónde pongas el listón entre los idiotas y el resto de la humanidad. Puede que nosotros también lo seamos. ¿Qué es para ti una pareja de idiotas?

Adán – No lo sé... La estupidez no se define, se constata. Conoces la frase "no hay amor, solo pruebas de amor". Bueno, con la estupidez es igual...

Eva – Mmm...

Adán – No hace tanto que escapamos de ellos, acuérdate. ¡A una pareja de idiotas se la reconoce hasta a oscuras! (*Eva lo mira distraídamente.*) Por ejemplo, cuando entran tarde en el cine. En vez de quedarse en un extremo de la fila, pasan por encima de diez personas para sentarse justo en medio. Encima de tu sombrero. Luego se pasan diez minutos mirando la pantalla iluminada del móvil para comprobar que el mundo sigue girando sin ellos mientras dura la película.

Eva – Eso, si la señora no sale de la sala un cuarto de hora después para atender una llamada urgentísima. Para no molestar, claro.

Adán – Entonces ya sabes que estás ante dos idiotas de categoría internacional.

Eva – Ya no corremos el riesgo de tener ese tipo de problemas aquí. El cine más cercano está a cincuenta kilómetros.

Adán – ¿Ah, sí? Pues te diré que los idiotas tienen una gran facilidad para desplazarse...

Eva – ¿Hasta en el campo?

Adán – ¿Para qué crees que tienen todoterreno y GPS? Los idiotas llegan hasta por los caminos de cabras que conducen a esos rincones paradisíacos cuya dirección alguien tuvo la imprudencia de publicar en una web francesa de casas rurales... (*Se oye un motor y balidos de cabras, asustadas por el vehículo.*) Mira, ya están aquí...

Eva – ¿Ya? ¡Dios mío! ¡Y yo sin terminar de prepararles la habitación!

El ruido del motor se aleja.

Adán – No, esos solo pasan por aquí. Deben de ir de trashumancia hacia el sur. Es la época.

Adán empieza a liarse concienzudamente un porro.

Eva – ¿Y si voy a recoger fresas silvestres? Son tan fragantes. Podría hacerles una tarta. No todos los días comen fresas silvestres en París. ¿Vienes conmigo?

Adán – ¿A dónde?

Eva – ¡Pues al bosque!

Adán – Espera, una fresa silvestre es microscópica. ¡Necesitarías al menos mil para hacer una tarta!

Eva – ¿Aunque sea pequeña?

Adán – Solo con pensarlo, ya me duele la espalda...

Eva – Las cogeré yo. Tú me haces compañía. Y de paso podrías dibujar algo; te vendría bien tomar el aire...

Adán – ¿Paisajes? Los impresionistas pintaban al aire libre. Yo soy pintor de interiores. Además, parece que va a nublarse, ¿no?

Eva – Vaya tontería mudarse a las montañas si sigues pintando desnudos en tu estudio... Entonces, ¿vienes conmigo?

Adán – No, francamente, no soportaría verte deslomarte por unos desconocidos que probablemente ni distinguirían tus diminutas fresas silvestres de una fresa de invernadero, de las que cultivan en España, grande como un melón y enviada en avión directamente al plato.

Eva – Reconozco que la ventaja es que solo se necesitan tres o cuatro para hacer una tarta. Debe de haber algunas en el congelador...

Adán – A veces me pregunto qué estamos haciendo aquí.

Eva – Fui yo quien tuvo la idea de dejar la ciudad para instalarnos en el campo, pero tú elegiste este lugar...

Adán – Es verdad. *(Extasiado.)* Esto es el paraíso... *(Recuperando la compostura.)* Aunque en el paraíso solo vivían Adán y Eva... Y no se les ocurrió la descabellada idea de abrir una casa rural. Hemos disfrutado tres meses de paraíso, pero ahora ya verás: el infierno son los huéspedes...

Eva *(irónica)* – Esta vez te has superado... Hasta Sartre estaría orgulloso.

Adán – Ya he soltado el chiste. *(Suspira.)* Menos mal que solo tenemos una habitación para dos. Así nos libramos de los niños. No soporto a los hijos de los demás.

Eva – Y como nosotros no tenemos...

Adán – Sí, bueno, si los tuviéramos, creo que los soportaría más fácilmente que a los de otros... *(Enciende su porro y se lo ofrece a Eva.)* ¿Quieres?

Eva – No, gracias...

Adán – Es orgánico... Cultivo propio...

Eva – Tengo que conservar la lucidez para recibir a nuestros huéspedes... *(Se levanta.)* Bueno, las fresas silvestres pueden esperar. Mejor voy a hacerles la cama. ¿Y tú qué piensas hacer lo que queda de día?

Adán – Echarme una siestecita, para estar esta noche en plena forma y entretener a nuestros huéspedes como un animador del Club Med...

Eva – Tampoco te pongas demasiado en forma... *(Se dispone a entrar en la casa.)* Preferiría que no te encontraran fumando un porro cuando lleguen...

Adán – Ya está. Adiós a la libertad. Ahora tendré que esconderme para fumar... Pero no te preocupes. Los oiré llegar, con su todoterreno diésel retumbante...

Eva desaparece. Adán da unas caladas a su porro, cierra los ojos y empieza a dormir. Aparece en la terraza una mujer vestida de senderista, quizá con una cruz al cuello, mochila y boina: parece una exploradora. Al principio no ve a Adán. Avanza en silencio, observando el lugar y buscando cómo anunciarse. Al oír sus pasos, Adán se despereza, aunque mantiene los ojos cerrados.

Adán – Te imaginaba quitando el polvo en su habitación, con tu delantalito blanco y el plumero...

Bernadette ve a Adán y, sorprendida, no sabe qué decir.

Adán (*abriendo los ojos*) – ¿Así que has cambiado de opinión? ¿No quieres hacer la siesta juntos después de todo...?

Adán ve por fin a Bernadette y comprende su error. Como un niño pillado in fraganti, apaga apresuradamente el porro y trata de dispersar el humo. Ella está aún más incómoda que él.

Bernadette – Buenos días... Disculpe, no quería despertarlo.

Adán – No, no dormía... ¿Viene a recaudar dinero para los scouts? Creí que aquí, tan lejos de todo, me libraría también de esas cosas...

Bernadette (*sonriendo*) – Soy Bernadette... Les llamé por teléfono... Por la reserva...

Adán (*reparando en la mochila*) – ¡Ah, claro! Pero no hacía falta traer saco de dormir. Mi mujer está preparando la habitación. Aunque, si prefieren plantar la tienda en el jardín...

Bernadette – No, no... Son solo nuestras cosas de viaje...

Adán – No me diga que han venido andando desde París...

Bernadette – Solo desde la estación. Mañana empezaremos a caminar. Estamos haciendo el Camino de Santiago de Compostela, un tramo cada año...

Adán – ¿Y durmiendo en casas rurales...?

Bernadette – Tranquilo, no somos fanáticos religiosos.

Adán – No estaba preocupado. No tenemos nada contra la religión. Mi mujer hasta está suscrita a una revista francesa de televisión... ¡y ni siquiera tenemos televisor!

Bernadette – La verdad es que somos poco creyentes...

Adán (*impresionado*) – He visto muchas cosas poco creíbles en mi vida, pero nunca había conocido a unos peregrinos tan poco creyentes... Por lo menos tendremos tema de conversación esta noche...

Bernadette – Antes pasábamos las vacaciones en la Provenza, pero se ha puesto tan de moda... ¡Y tan cara!

Adán – ¿Y la parte menos conocida de la Provenza? Dicen que sigue siendo algo más barata...

Bernadette – Lo era... Ahora está igual de imposible.

Adán – Como todavía nadie ha inventado una Provenza barata, se han decidido por la peregrinación. Pero deje la mochila. ¿Le apetece beber algo?

Bernadette deja su mochila.

Bernadette – Un vaso de agua, gracias. (*Adán le sirve agua.*) Para nosotros, la peregrinación es ante todo... una experiencia espiritual muy personal.

Adán – Sin arruinarse, tienen toda la razón.

Bernadette – También es una oportunidad para hacer algo de ejercicio, perder algunos kilos y descubrir Francia de otra manera.

Adán – La entiendo perfectamente. Yo también voy andando a la misa del gallo todos los años. Y sobre todo por el ambiente...

Bernadette – También para encontrarnos un poco. Quiero decir... con mi esposo.

Adán – Ah, sí... ¿Y dónde está él...?

Bernadette (*algo preocupada*) – Empiezo a pensar que ya lo he perdido... Se empeñó en tomar un atajo... (*Con aire cómplice.*) Ya sabe cómo son los hombres... Hemos discutido un poco por dónde iba el sendero señalizado. Nada grave...

Bernadette moja sus labios en su vaso.

Adán – ¿Y cuántos kilómetros recorren al año?

Bernadette – Depende de los años. Pero calculamos que a este ritmo, nos quedan diez años más para completar el peregrinaje.

Adán – Para entonces, tal vez hayan recuperado la fe.

Bernadette – Su casa es realmente magnífica. Incluso más bonita que en el sitio web. ¿Son de la región?

Adán – No... Nosotros también somos unos urbanitas parisinos que buscaban espiritualidad. Solo que elegimos la versión sedentaria. Compramos la casa hace seis meses a unos ganaderos ahogados por las deudas. Ya no podían pagar el préstamo de las vacas.

Bernadette – Ah, sí, con la crisis en la industria láctea.

Adán – Así que le compramos la granja a la viuda por cuatro duros...

Bernadette – La viuda...

Adán (*solemne*) – Su marido se ahorcó. Precisamente de la viga que hay en su habitación. Pero después lo hemos reformado todo, ¿eh? Yo mismo hice las obras, incluida la pintura; algo entiendo del oficio. Respetando el estilo rústico, naturalmente. Ya verá qué acogedor...

Bernadette parece un poco perpleja. Eva vuelve, intrigada por los ruidos de la conversación.

Eva – Hola...

Bernadette (*levantándose para saludarla*) – Debe de ser Eva, ¿verdad?

Eva – Hola Bernadette. ¿Ha conocido a Adán?

Bernadette – Adán y Eva... Es curioso.

Eva – Sí...

Bernadette – En cualquier caso, viven en un paraíso... Pero Adán me estaba contando la historia de la casa... El drama que ocurrió aquí... Todo eso... *(Eva lanza una mirada sospechosa a Adán)* ¿Y las reformas no fueron demasiado difíciles...?

Eva – ¡Qué va! Nosotros no hemos hecho nada. Ninguno de los dos sirve para las reformas. Precisamente por eso elegimos esta casa. Adán ya se lo habrá contado: pertenecía a un matrimonio inglés, pero con la caída de la libra... *(Bernadette mira a Adán, que pone cara de inocente.)* ¿Su marido no ha venido con usted?

Bernadette – Debería llegar en un momento...

Adán – La señora y su marido están haciendo el Camino de Santiago. En pareja...

Eva – ¿Mi esposo le ofreció algo para beber?

Bernadette – Sí, gracias. Pero no quisiera molestarlos...

Eva – Aquí no vemos a mucha gente. Para nosotros es casi una distracción. ¿Le enseño la habitación?

Bernadette – Sí, dejaré la mochila y me refrescaré un poco, si no le importa...

Eva – Por favor, sígame. De paso, podrá ir viendo la casa.

Bernadette – Gracias.

Entran en la casa.

Eva – Hay que subir algunos escalones... La habitación es abuhardillada, pero tiene una buena altura de techo. Con vigas a la vista...

Adán sonríe y está a punto de dormirse otra vez cuando ve acercarse a un hombre. Se levanta de la tumbona.

Adán – Bueno, creo que se acabó la siesta.

Mira al hombre que se acerca y eleva la voz para dirigirse a él.

Adán – ¡Buenos días! No se salga del camino: hemos puesto minas antipersona a los lados para que los niños no pisen el césped.

Jacques llega, un poco jadeante, con el mismo atuendo de scout y una mochila en la espalda.

Jacques – Por ese lado puede estar tranquilo. Hemos dejado a nuestra hija en París. ¿Y no teme que les pase algo a los suyos?

Adán – Yo no quería tener hijos y mi mujer no podía. O era al revés, ya no me acuerdo. La vida es sabia. En vez de ahorrar para pagarles los estudios hasta los treinta años, nos compramos una casa con piscina.

Jacques – De todas maneras, es realmente magnífico... Todo este verde... *(Se escucha el balido de una cabra)* ¿Bernadette ha llegado...?

Adán – Mi mujer le está enseñando la casa. *(Afirmando, no preguntando.)* Usted no tiene sed.

Jacques *(educadamente)* – No, no mucho...

Adán – Mejor entonces.

Jacques – No quiero molestarle...

Adán – No me molesta. Estaba intentando tomar una siesta. No sé por qué sigo intentando dormir la siesta, en realidad. Nunca en mi vida he logrado dormir durante la tarde. Pero ya sabe cómo son los prejuicios. Uno piensa, ahora que vivo en el campo, debería intentar dormir la siesta. ¿Usted duerme la siesta?

Jacques – A veces, en vacaciones... *(Se seca el sudor de la frente.)* Hace calor, ¿eh? Me he perdido un poco. Y la subida hasta su casa es considerable...

Adán – Venga, voy a servirle un vaso de agua fresca. Si no, mi mujer me echará la bronca. No tiene obligación de bebérsela; es para cubrirme las espaldas...

Jacques – En ese caso... *(Adán le sirve un vaso de agua)* Gracias.

Jacques, sediento, vacía el vaso de un trago.

Adán – Su mujer me ha dicho que están haciendo el Camino de Santiago. No sabía que pasara por los Alpes. Desde París no es el trayecto más directo, ¿verdad?

Jacques – Digamos que es una variante... Teníamos ganas de visitar la región...

Adán – Me deja más tranquilo. Temía que nos invadieran los peregrinos. Puede que no todos sean tan divertidos como usted.

Jacques – He intentado llamar a Bernadette, pero aquí no hay cobertura...

Adán – Encantos del campo... Este es uno de los últimos lugares de Francia sin cobertura. Para conectarnos a internet tenemos que subir a aquella montaña. Como Moisés cuando fue a descargarse las Tablas de la Ley: también tuvo que escalar para conseguir señal.

Jacques – Ah, sí, es... Muy tranquilo.

Adán – Estamos en una especie de agujero negro de las nuevas tecnologías de la comunicación. De hecho, esa es una de las razones por las que elegí esta casa. Sin red, significa sin molestias. En teoría...

Bernadette vuelve y ve a su marido.

Bernadette – ¡Ah, estás aquí! Empezábamos a preguntarnos si no te habías perdido.

Jacques – No, no... Estaba charlando un poco con Adán...

Bernadette – Te dije que había que girar a la izquierda. *(Tomando a Adán por testigo.)* Pero no me hizo caso, como siempre. ¿Vienes? Te enseño la habitación. Ya verás qué maravilla...

Jacques *(a Adán)* – Bueno, hasta luego entonces...

Adán – Tómense su tiempo. No tenemos ninguna prisa...

Ambos entran en la casa. Eva vuelve por otro lado, preocupada.

Eva – ¿Llegó su marido?

Adán – Están en la habitación... ¿No los cruzaste?

Eva – Estaba en la cocina...

Adán – Tranquila, no es para tanto. Incluso les ofrecí algo de beber, así que ya ves.

Eva – Bernadette tiene una pistola.

Adán – ¿Perdona?

Eva – Bernadette... Lleva una pistola... Volví a la habitación para dejarles unas toallas. Llamé a la puerta, pero ella no me oyó: estaba en el baño. Su mochila estaba en una silla. La tiré sin querer y vi claramente un revólver que asomaba...

Adán – ¿Y luego?

Eva – ¿Y luego? Puse la mochila de nuevo en la silla y me fui.

Adán – Esto se está poniendo interesante... Pero ¿estás segura de que era un revólver?

Eva – No iba a buscar en su mochila, claro. Pero ya he visto un revólver antes.

Adán – ¿Ah, sí? ¿Dónde?

Eva – No sé... En la tele...

Adán – ¿Tal vez no era real...?

Eva – ¿Cómo?

Adán – Tal vez era un juguete...

Eva – Pero, ¿qué hacen los peregrinos con una pistola de juguete en su mochila?

Adán – Qué sé yo... El Camino de Santiago es largo. A lo mejor van jugando a indios y vaqueros para entretenerse. Habría que mirar en la mochila de él, por si lleva el arco y las flechas...

Eva – Hablo en serio, Adán.

Adán – Tal vez sea un recuerdo que compraron para su hija.

Eva – ¿Crees eso?

Adán – No sé... No suele ser un juguete habitual entre las niñas, salvo que tengan unos padres un poco trastornados... Y un revólver, aunque sea de juguete, no es precisamente lo que más se vende en las tiendas de recuerdos de los monasterios...

Eva – Escucha, Adán, van a pasar la noche en nuestra casa... Tal vez deberíamos avisar a la policía...

Adán – A menos que la policía sean ellos...

Eva lo mira intrigada.

Adán – ¿Has visto cómo van vestidos? No hay nada más parecido a un scout que un policía de paisano. Están aquí de incógnito, vigilando a unos terroristas. El supuesto peregrinaje y la casa rural son su tapadera. No es muy creíble, si quieres que te diga la verdad...

Eva – ¿Una tapadera...? ¡Hablando de tapar, se me ha olvidado llevarles otra manta!

Adán – ¿Tienes sus datos de contacto en París?

Eva – Tengo un número de móvil y una dirección. Pero podría ser falsa... ¿Qué terroristas? (*Angustiada*) ¿Al Qaeda...?

Adán – Pensaba más bien en los separatistas vascos.

Eva – ¿Por qué los vascos?

Adán – Bueno, el Camino de Santiago pasa por el País Vasco, ¿no?

Eva – ¡Estamos en medio de los Alpes!

Adán – O tal vez ellos sean los terroristas...

Eva (*aterrorizada*) – ¿Árabes o vascos?

Adán – ¿Cómo distinguir a un vasco de un árabe con una boina en la cabeza...?

Bernadette vuelve.

Bernadette – Gracias por las toallas. ¿Los interrumpo?

Eva – Para nada.

Adán – Precisamente hablábamos de usted. Por eso hemos callado al verla llegar. Mi mujer estaba preocupada por si necesitaban otra manta.

Bernadette – Estamos bien, gracias. No somos frioleros. Además, estamos en julio...

Adán – Aquí las noches pueden ser frías, aunque sea verano. Estamos en la montaña. Dicen que ha llegado a helar en julio y que un quince de agosto incluso nevó...

Eva – Nosotros todavía no vivíamos aquí, pero eso cuentan los agricultores de la zona.

Adán – Ya sabe cómo son los campesinos: incluso sobrios dicen bastantes tonterías. Y cuando han bebido...

Eva lo mira con fastidio.

Bernadette – ¡Qué tranquilidad...! No se oye un ruido... Cuando uno viene de París, casi duele a los oídos este silencio. Pero nos acostumbraremos...

Adán – Sí... Nosotros, en cambio, es al revés. Apenas nos habíamos acostumbrado al silencio...

Eva – El vecino más próximo que se comunica con algo más que gruñidos vive a cinco kilómetros. Y solo viene durante las vacaciones escolares.

Adán – ¿Ha oído hablar de los llamados «cretinos de los Alpes»? Es una antigua expresión francesa.

Bernadette – No.

Adán – Se decía que en estas montañas faltaba yodo, una sustancia necesaria para que funcione el cerebro. Tanto hablar del aire puro de la montaña... ¡Y resulta que no conviene quedarse demasiado tiempo! Nosotros llevamos solo tres meses y ya se nos está reblandeciendo la cabeza. ¿Verdad, cariño?

Eva lo mira furiosa.

Bernadette – Es cierto que están bien aislados aquí...

Adán – A veces da un poco de miedo, especialmente por la noche. Cuando uno sabe lo que ha pasado en esta casa... Menos mal que ustedes están aquí para hacernos compañía, si no solo tendríamos al ganado...

Bernadette mira hacia donde están los espectadores que representan la vista desde la terraza.

Bernadette – Ah, sí, las ovejas... También es diferente a París...

Adán – Aunque, cuanto más observo a las ovejas, más se me parecen a los parisinos. Viven en rebaño. Les esquilan la lana y, con la miserable avena que reciben a cambio, ni siquiera les llega para comprarse un abrigo sintético en rebajas...

Bernadette – ¿Les dan avena a las ovejas?

Adán – Era por seguir con la metáfora de la lana...

Eva – Además, no son ovejas, son cabras.

Bernadette sonríe cortésmente.

Bernadette – Y toda esta vegetación... ¿Qué son esas plantaciones de ahí?

Adán – ¿Eso? Nuestra pequeña plantación de cannabis, para consumo propio. El aislamiento tiene sus ventajas. Y es de primera, se lo aseguro. Por si les interesa...

Eva lo mira con desdén.

Eva – Ustedes cenarán con nosotros, ¿verdad? Eso es lo que me dijeron cuando hicieron la reserva. Pero tampoco hay obligación, por supuesto. Si prefieren descansar...

Bernadette – No, no, encantados. Precisamente nos gusta alojarnos en casas rurales para conocer a la gente de la zona...

Eva – Desafortunadamente, con nosotros, han tenido mala suerte. En realidad no somos lugareños.

Adán – Somos como los osos de los Pirineos: nos han reintroducido en la región para que no se extinga la especie. Nos comemos alguna oveja de vez en cuando y ni siquiera somos capaces de reproducirnos. Espero que no acabe disparándonos un cazador...

Eva – Había pensado poner jamón de Bayona para el aperitivo, una especialidad del sudoeste de Francia. Pero, si no comen cerdo...

Bernadette – Me encanta el jamón de Bayona.

Eva – Bueno... Por lo menos sabemos que no son musulmanes...

Adán – Por otra parte, no debe haber muchos musulmanes que hagan el Camino de Santiago, ¿verdad?

Eva – ¿Vascos, tal vez?

Bernadette – Tampoco... ¿Por qué...?

Eva – No, no, solo preguntaba... Como les gusta el jamón de Bayona...

Incómodo silencio.

Bernadette (*a Adán*) – ¿Es usted quien ha pintado los cuadros que he visto dentro?

Adán – Sí.

Bernadette – Realmente tiene talento.

Eva – Sí... Es un genio que merecería ser reconocido...

Adán – No es fácil creer en uno mismo sin tomarse demasiado en serio. La mayoría de las veces, la gente simplemente no te toma en serio.

Bernadette – ¿Y usted?

Eva – ¿Yo?

Bernadette – Imagino que administrar estas habitaciones de huéspedes debe requerir mucha energía. ¿Tiene tiempo para hacer algo más?

Eva – Aún no lo sé. Ustedes son nuestros primeros clientes...

Bernadette – ¿De verdad? Entonces tendremos que estar a la altura.

Adán – Sí, eso es lo que le dije a mi esposa esta mañana, justamente.

Eva – Lo que estábamos diciendo es que necesitamos estar a la altura...

Bernadette – ¿Y qué hacían antes de venir a instalarse aquí?

Eva – Era profesora de Lengua y Literatura francesa. Pero enseñar hoy en día... Se ha vuelto muy duro. Tenía la impresión de no hablar el mismo idioma que mis alumnos. Hasta que no traduzcan a Proust al lenguaje de los mensajes... Hace seis meses compramos esta casa para cambiar de vida. Ya veremos... ¿Y ustedes a qué se dedican?

Jacques vuelve.

Jacques – Hola...

Eva – Hola.

Bernadette – Creo que todavía no conoce a mi marido. Jacques, estos son Eva y Adán.

Jacques – Adán y Eva... Qué curioso...

Eva – Sí... ¿Quieren tomar algo?

Jacques – Adán ya me ofreció un vaso de agua.

Eva – Bueno, entonces podremos pasar al aperitivo, ¿qué les parece?

Jacques – ¿Por qué no?

Eva – Mi marido les llevará otra manta. Ya verán si la necesitan. ¿Verdad, cariño?

Adán – ¿Realmente crees que es necesario?

Eva (*firmente*) – Nos dijiste que podría helar esta noche, ¿no?

Adán finalmente se levanta de su tumbona a regañadientes.

Adán – Bueno, entonces me voy...

Eva – Voy a buscar las botellas.

Bernadette – ¿Quieren que mi esposo los ayude?

Eva – No, no, gracias, estaremos bien.

Adán y Eva salen juntos.

Eva (*en voz baja a Adán*) – Aprovecha que están los dos aquí para registrar sus mochilas. Ella lleva un revólver, te lo digo... (*En voz alta.*) ¡Coge una manta del armario de la entrada, cariño!

Jacques y Bernadette se quedan a solas. Intercambian una mirada preocupada.

Bernadette – Son un poco especiales, ¿no?

Jacques (*distráido*) – Ah, ¿sí?

Bernadette – ¿Has visto los cuadros que tiene dentro?

Jacques (*apreciativo*) – Ah, sí.

Bernadette – ¡Qué horror...!

Jacques – Son un poco atrevidas... Pero bueno...

Bernadette – ¿Un poco? Es un verdadero obsesionado, sí...

Jacques (*soñador*) – ¿Crees que ella posa para él?

Bernadette (*seca*) – ¿Por qué...?

Jacques – Es cierto que es una mujer hermosa...

Bernadette – Sí, bueno...

Jacques – Pues sí.

Bernadette – No, pero en serio... ¿Te imaginas pintándome desnuda y colgando el cuadro encima de la chimenea de nuestro comedor...?

Jacques (*mirándola*) – No...

Silencio.

Bernadette – ¿Y la habitación? ¿Crees que merece las tres espigas que anuncia? Ya sabes, la clasificación francesa de las casas rurales: como las estrellas de un hotel, pero con espigas...

Jacques – No es muy grande y tiene un techo bajo, pero tiene carácter. Con esas vigas a la vista...

Bernadette – El que se ahorcó en aquel cuchitril tendría que ser contorsionista...

Jacques – Ya veremos qué nos sirven para cenar.

Bernadette mira a las cabras (es decir, a los espectadores).

Bernadette – Son extrañas, estas cabras, ¿no?

Jacques – Ah, ¿sí...?

Bernadette – ¿No lo ves?

Jacques también mira.

Bernadette – Nos están mirando y parece que se están riendo...

Jacques – Ah, sí, tal vez...

Bernadette – Reconoce que el paisaje es precioso. Voy a hacer una foto para nuestro informe... (*Jacques no se mueve.*) ¡Anda, ve a buscar la cámara!

Jacques – Sí, sí, voy...

Sale. Eva vuelve con un carrito cargado de botellas.

Eva – Aquí estoy... ¿Qué le sirvo? No me diga que ha vuelto a perder a su marido...

Bernadette – Fue a buscar la cámara en la habitación.

Eva – ¡Mierda...!

Bernadette (*sorprendida*) – ¿Perdón?

Eva – Nada, nada, que se me han caído unos cacahuetes... ¿Qué le apetece beber?

Bernadette – ¿Hay alguna especialidad local?

Eva – ¿Un poco de vino de diente de león?

Bernadette – ¿Ah, sí?

Eva – No sé si será típico de la región. Nos lo vende el ganadero de al lado, que nos aseguró que sí. Le advierto que es un vino un poco especial... El granjero también, dicho sea de paso...

Bernadette – Oh, no me van a envenenar...

Eva – Bueno... Siempre se ha dicho que el veneno es un arma de mujer... Más que el revólver, quiero decir...

Bernadette parece un poco desconcertada, pero se recupera rápidamente.

Bernadette – No importa, asumo el riesgo.

Adán vuelve.

Adán – ¿Ya le has encasquetado tu vino de diente de león?

Eva – ¿Qué vas a tomar?

Adán – Eso, desde luego, no. La única vez que lo probé estuve a punto de morirme...

Eva – Mi esposo está bromeando...

Adán – Yo prefiero una copa de absenta.

Eva – ¿Absenta? ¿Pero no estuvo prohibida en Francia?

Adán se sirve.

Adán – Me la traigo de Suiza, que está aquí al lado. Es verdad que desde que la bebo se me cae el pelo y tengo alucinaciones... A veces incluso me dan ganas de matar a alguien. Pero, si quiero pintar como Van Gogh... La absenta lo volvió loco y acabó suicidándose, de acuerdo. ¡Pero qué talento!

Jacques vuelve.

Eva – ¿Y usted, Jacques? ¿Qué le sirvo?

Jacques – Un oporto, si tiene...

Eva – ¡Ay, me he olvidado del oporto!

Bernadette – No se preocupe, mi marido tomará otra cosa. ¿Verdad, Jacques? Una absenta con Adán...

Jacques – Claro... Una absenta estará bien.

Eva – No, no, yo me encargo. Adán, ¿puedes ocuparte de los hielos? Disculpen un momento...

Eva y Adán salen. Bernadette nota que Jacques parece un poco perturbado.

Bernadette – Parece que has visto un fantasma. No me digas que el del hombre que se ahorcó en nuestra habitación...

Jacques – Cuando llegué a buscar la cámara, él estaba husmeando en tu bolso...

Bernadette – ¿No me digas...?

Jacques – Tendremos que comprobar antes de irnos que no nos falte nada...

Bernadette – Te digo que se ven raros... ¿Y si inventamos una excusa para irnos?

Jacques – ¿Una excusa?

Bernadette – No lo sé. Siempre se puede encontrar algo. Una situación de fuerza mayor. La muerte de un ser querido... Una fuga de gas...

Jacques – Tenemos una caldera de fuel.

Bernadette – Por eso hablé de excusa...

Jacques – ¿Crees...?

Bernadette – Tengo un mal presentimiento... *(Con una expresión inquietante)* Y sabes cómo suelen terminar las cosas cuando tengo un mal presentimiento...

Eva vuelve con la botella de oporto y sirve a Jacques.

Eva (a Jacques) – Este oporto viene directamente de Portugal. Nos lo trajo la mujer que nos ayuda en casa cuando volvió de vacaciones.

Bernadette – ¿Acaso el oporto que se compra en Francia no viene también de Portugal?

Eva parece un poco desconcertada.

Jacques – Mi esposa está bromeando...

Eva (a Bernadette) – Si eso la tranquiliza, iré con usted a buscar el vino de diente de león. Beberé primero: si no caigo al suelo entre horribles convulsiones, luego podrá probarlo usted.

Adán vuelve.

Adán – Aquí está el hielo. *(A Bernadette.)* Bien frío entra mejor, ya verá. Casi no se nota el sabor a diente de león... *(Todos alzan sus copas.)* ¡Salud! *(Bernadette prueba un sorbo con cautela.)* Disculpen la indiscreción, pero me intrigan. No acabo de entender eso de una peregrinación sin fe...

Bernadette – ¿Ustedes creen en los milagros?

Adán – ¿Se refiere a cuando un terremoto mata a doscientas mil personas y, al cabo de semanas de búsqueda, unos voluntarios se juegan la vida para encontrar a un par de supervivientes bajo los escombros... y todo el mérito se lo lleva Dios?

Bernadette – Nosotros también hemos vivido milagros. Somos casi profesionales del milagro. ¡Polimilagrosos!

Jacques – Mi esposa quiere decir que ya hemos escapado varias veces de la muerte.

Eva – Vaya... ¿en serio?

Jacques – Por ejemplo, el Concorde que se estrelló en un hotel en el aeropuerto de Roissy en 2000, ¿recuerdan?

Eva – Ah, sí, claro.

Bernadette – Mi marido iba a tomar ese vuelo. Ya estaba en la sala de embarque, pero al salir del baño del aeropuerto resbaló con una pastilla de jabón, se rompió el cóccix y no pudo subir al avión...

Jacques – Imagínense... ¡Con las maletas ya facturadas! Por cierto, no he vuelto a verlas...

Adán – Es curioso... Nunca había oído hablar de esta historia... *(Con una mirada cómplice a Eva)* Y decir que nunca se supo realmente cómo ese avión pudo explotar en el despegue...

Eva *(a Bernadette)* – ¿Y usted no estaba con su esposo...?

Bernadette – Solo había ido a acompañarlo... Pasamos la noche en un hotel del aeropuerto. Cuando regresé a pagar la cuenta, el hotel ya no era más que un montón de cenizas.

Jacques – El mismo Concorde que yo iba a tomar se estrelló contra aquel hotel.

Bernadette – A cinco minutos de diferencia, yo también habría estado ahí... Así que yo tampoco volví a ver mis maletas...

Jacques – Entonces decidimos emprender la peregrinación a Santiago de Compostela.

Adán – ¿Para que Dios les devolviera sus maletas?

Bernadette – Para agradecer... digamos a la Providencia.

Incómodo silencio.

Jacques *(muy serio)* – ¿Cree usted en el más allá, Eva?

Eva se siente un poco sorprendida.

Eva *(bromeando para aliviar la tensión)* – ¿Se refiere a la cuarta dimensión y esas cosas?

Adán – Yo tiendo a pensar que el paraíso y el infierno están aquí en la Tierra, y que podemos pasar de uno a otro en el mismo día... De hecho, eso es lo que le dije a mi esposa esta mañana, ¿verdad, cariño?

Silencio.

Bernadette – En cualquier caso, la vista es magnífica... Todo este verde... (*A Jacques*) ¿No trajiste la cámara de fotos, Jacques?

Jacques – ¡Vaya, con todo esto, se me olvidó!

Adán – Lo bueno de perder la memoria es que nunca te aburres. Mi madre tenía alzhéimer. En cuanto me apartaba de su vista, al volver creía que acababa de llegar. Siempre se alegraba de verme...

Jacques – Voy a buscar la cámara.

Bernadette – Te acompaño, voy a coger una chaqueta. Es cierto que refresca un poco, ¿no...?

Jacques y Bernadette salen.

Eva – ¿Entonces...?

Adán – Pues... No tuve mucho tiempo para buscar, el marido me pilló con las manos en la masa...

Eva – ¡Pero estaba en la parte de arriba! Una pistola con una empuñadura negra y un cañón plateado.

Adán – Lo único negro y plateado que vi en esa bolsa fue un secador de pelo... (*Le lanza una mirada sospechosa*) Dime, ¿no podrías confundir un secador de pelo con una pistola...?

Eva no parece muy segura de sí misma.

Adán – Dime, las pistolas que has visto por televisión, ¿no serían de La guerra de las galaxias o de Star Trek? Ya sabes, esas pistolas láser que desintegran a la gente... y que también podrían servir de secador de viaje...

Bernadette vuelve con una chaqueta, acompañada de Jacques, que tiene una cámara en la mano.

Jacques – Listo, así al menos podremos tener un recuerdo eterno de esta maravillosa vista. Por si acaso las cosas se ponen feas de repente...

Eva (*preocupada*) – ¿Tienen razones para pensar que las cosas podrían empeorar de repente...?

Bernadette – En ningún lugar estamos a salvo de una caída de meteorito...

Jacques – O de un bloque de hielo que se desprende del inodoro de un Airbus...

Jacques hace una foto del paisaje mientras Bernadette posa.

Bernadette – De hecho, lo siento mucho, pero no podremos quedarnos.

Eva – ¡Ah, sí...?

Adán – Qué lástima...

Bernadette – Acabo de recibir una llamada en mi móvil. Mi madre acaba de fallecer...

Jacques, aparentemente sorprendido, la mira desconcertado.

Adán – Qué curioso... No lo digo por lo de su madre, claro. Pero aquí no hay cobertura, se lo explicaba hace un momento a su marido. Será otro milagro...

Eva lo mira indignada.

Eva – Lamentamos mucho su pérdida. Nuestras condolencias...

Bernadette – Por supuesto, les pagaremos la noche...

Eva – ¡Pero de ninguna manera, por favor!

Adán – A menos que insista, claro...

Eva – Por favor, siéntense un momento.

Jacques – ¿Y de qué murió?

Bernadette lanza a su marido una mirada molesta.

Bernadette (*a todos*) – Ya saben... Estaba muy enferma... Aunque uno se lo espere, siempre duele...

Jacques – Y pensar que a su edad seguía montando en bicicleta...

Eva – Yo tuve que sacrificar a mi hámster hace seis meses. Estaba lleno de tumores y ni siquiera podía pedalear en su jaula. Ya me afectó mucho. Así que imagino lo que debe ser perder a una madre...

Bernadette, aparentemente metida en el papel, comienza a llorar. Eva le ofrece un pañuelo de papel.

Eva – Tenga...

Bernadette – Gracias... Me conmueve mucho...

Adán (*a Eva*) – Pero antes del hámster murió tu padre, ¿te acuerdas? Unas semanas antes...

Eva – Ya lo sé... Les parecerá monstruoso, pero lo de mi hámster me afectó más...

Bernadette – Lo entiendo... Cuando una nunca ha tenido hijos...

Bernadette se seca las lágrimas y se suena ruidosamente la nariz. Parece recuperarse un poco y moja los labios en su copa.

Bernadette – Este vino de diente de león está delicioso... Muy ligero, con un sabor peculiar... ¿Qué lleva?

Eva – Probablemente el diente de león...

Bernadette – Ah, claro... Sí, se nota el sabor... Qué delicado...

Eva – Dicen que, para elaborar este elixir milagroso, le añaden hasta las lombrices que encuentran entre los dientes de león.

Adán – Así que aquí uno puede «beberse los gusanos» sin esperar a estar bajo tierra...

Eva – Coman cacahuets... (*Bernadette se sirve*) ¿Y usted, Jacques, todavía tiene a sus padres?

Jacques – Bueno... Soy adoptado. Mi madre murió al darme a luz y mi padre tuvo un accidente de coche cuando iba al ayuntamiento a inscribirme...

Adán – Quizás debería considerar tener una mascota. No reemplaza, pero bueno...

Bernadette se incorpora bruscamente y empieza a ahogarse de forma alarmante.

Jacques – ¿Qué te pasa, cariño?

Eva – Debe ser la emoción...

Jacques – O el vino este...

Adán – Creo más bien que son los cacahuets... Debe haberse atragantado con uno...

Adán se levanta, se coloca detrás de Bernadette, la rodea con los brazos y le comprime el abdomen de forma un tanto equívoca. Jacques lo observa asombrado hasta que ella escupe el cacahuete y recupera poco a poco el aliento.

Adán – Es la maniobra de Heimlich. La vi en una serie de televisión cuando aún teníamos televisor...

Bernadette – No sé cómo agradecerlo... Pensé que iba a asfixiarme...

Adán – Y puede ser mortal, ¿eh? En vez de bajar por el esófago, el cacahuete decide hacer su peregrinación por la tráquea... Pasa mucho cuando hay emociones fuertes...

Bernadette – ¡Así que me salvó la vida...!

Adán la mira, un poco incómodo.

Adán – Espero no tener que arrepentirme de ello.

Bernadette se acerca a Adán y lo abraza cálidamente con una devoción un tanto ambigua.

Bernadette – Gracias... (*Se aparta y se dirige a Jacques.*) ¡Y tú, no hacías nada! ¡Me habrías dejado asfixiarme! Menos mal que Adán estaba aquí...

Jacques no responde.

Adán – ¡Pero qué cantidad de desgracias! Una muerte en la familia, ahora un atragantamiento... Esto ya no es una peregrinación, es un vía crucis. ¿Está segura de que llegará a Santiago de Compostela?

Eva – Se quedarán a cenar, de todas formas, ¿verdad? Luego Adán puede llevarlos a la estación. El próximo tren para París sale dentro de tres horas...

Bernadette – ¿Por qué no...? Gracias por su hospitalidad, de verdad...

Eva – Les dejaremos descansar un momento...

Adán – El aire fresco de los Alpes...

Eva – Tenemos que acabar de preparar la cena. Así podrán descansar un poco...

Adán – Y empezar a hacer su duelo...

Jacques – Al menos les ayudaré a poner la mesa...

Eva – No, de verdad, no hace falta... ¿Vienes, Adán?

Eva y Adán salen.

Bernadette – Son realmente adorables...

Jacques – Hace un rato los encontrabas extraños...

Bernadette – Lo que me ha dicho Eva sobre la muerte de mi madre me ha emocionado mucho...

Jacques – Pero... ¿tu madre no ha muerto, verdad?

Bernadette – ¿Y qué más da? ¡Ellos no tienen por qué saber que mi madre está viva! Además, Adán me ha salvado la vida. ¡Lo conozco desde hace una hora y ya me ha salvado la vida! ¿Tú me la has salvado alguna vez, en todos estos años de matrimonio?

Jacques – Entonces, ¿ya no nos vamos?

Bernadette – Estamos bien aquí, ¿no?

Jacques – Pero, tú eras la que decía que...

Bernadette – Sí, bueno, solo los tontos nunca cambian de opinión... Y hay que reconocerte al menos una cosa, tienes cierta constancia en tus opiniones...

Balidos de cabras.

Jacques – Es cierto que balan de una manera extraña, estas cabras... Tienes razón, parece que se ríen de nosotros...

Adán vuelve.

Adán – Disculpen, solo estoy de paso... Voy a la granja vecina a buscar leche para el desayuno. Recién ordeñada, directamente de la ubre de la vaca...

Jacques – Ah, sí... Yo también lo hacía cuando era niño.

Bernadette – Tus padres vivían en París.

Jacques – Durante las vacaciones con mi tía, en Normandía.

Adán – Es parte del folclore local que ofrecemos a nuestros huéspedes...

Jacques – La leche de las vacas es algo diferente a la leche del supermercado.

Bernadette – Sí, como el oporto. La leche del supermercado también viene de las vacas, ¿no? Solo que está pasteurizada...

Adán – Claro, esta hay que hervirla bien. Si toda la vida has bebido leche pasteurizada, te puede dar cualquier cosa. Hasta fiebre tifoidea...

Jacques – A la leche del supermercado le quitan la nata y la mantequilla, te lo venden por separado y luego te cobran el doble por lo que queda.

Bernadette – A mí la leche entera no me sienta bien...

Jacques – Mi mujer solo bebe leche desnatada y sin lactosa. Siempre me he preguntado qué queda después de quitarle la nata y la lactosa. Para eso, mejor agua mineral...

Adán – ¡Y nos venden el agua mineral al precio de la leche! Bueno, debo irme si no quiero perderme el ordeño...

Bernadette – ¿Puedo ir con usted? Me cambiará un poco de aires...

Adán – Claro...

Bernadette – ¿No te importa quedarte solo, cariño?

Jacques – No, no, ve tú... *(Irónicamente)* Si eso puede suavizar un poco tu tristeza.

Adán *(a Bernadette)* – Yo también he encontrado mucho consuelo en las vacas en momentos difíciles...

Adán y Bernadette se marchan. Jacques suspira. Eva vuelve con una cesta.

Eva – ¿Quiere pelar las cebollas conmigo? Le distraerá...

Jacques – Claro... *(Empiezan a pelar cebollas en silencio.)* Me va a tomar por un monstruo, pero a veces he tenido ganas de matarla...

Eva – ¿A su suegra? Oh, a todos nos pasa, ¿sabe? No se culpe por eso, es completamente normal. Y además, no es responsable de su muerte, ¿verdad? ¿O sí...?

Jacques – ¿Mi suegra? Ah, no, yo... Hablaba de mi esposa...

Eva – Ah... Bueno, a veces también me dan ganas de matar a mi esposo... *(De repente preocupada)* Pero solo hablamos de una vaga intención que se rechaza rápidamente, ¿verdad? No de un comienzo de acción... Quiero decir, no hablamos de un arma de fuego escondida en una mochila o cosas así...

Jacques – Hace un rato, cuando se atragantó, es cierto que no me moví. ¿Quién sabe...? Tal vez pensé por un momento...

Eva – ¿Y si este cacahuete fuera la solución a todos mis problemas...? Pero no, no se preocupe. Esas ideas se pasan enseguida... Ya sabe: el amor y el odio a veces están muy cerca. ¡Cualquier psicoanalista se lo dirá! ¡El odio es el cemento del matrimonio!

Jacques la mira preguntándose si está hablando en serio. Luego suspira y mira el paisaje.

Jacques – Creo que tiene razón... Tal vez deberíamos mudarnos al campo también. Para encontrar un poco de serenidad. Un poco de armonía en nuestra pareja... ¿Sabe si hay granjas en venta por aquí? Seríamos vecinos...

Eva lo mira con preocupación.

Eva – Eso... No sabría decirle... Estamos muy aislados aquí. Hace falta dinero, o un trabajo que pueda hacerse desde cualquier sitio. ¡Ni internet tenemos!

Jacques pone su mano sobre la de Eva y la mira con una mirada lánguida.

Jacques – Gracias por escucharme, Eva. Me ha emocionado, de verdad. Casi se me saltan las lágrimas...

Eva (sorprendida) – Deben ser las cebollas...

Eva retira su mano y trata de cambiar de tema.

Eva – Y usted, Jacques, ¿a qué se dedica?

Jacques – Bueno, yo... Hago el mismo trabajo que mi esposa.

Eva – Al menos tendrán conversación por las noches. De trabajo, quiero decir... ¿Y a qué se dedica su mujer?

Adán y Bernadette vuelven.

Eva – ¡Ya están de vuelta!

Adán – No hemos podido traer leche. La vaca no estaba en condiciones.

Bernadette – ¡Increíble! Hemos asistido al nacimiento de un ternero... No se imagina lo que he sentido...

Eva – Ah, sí, sí, entiendo... La muerte de una madre... El nacimiento de un ternero... Todo en el mismo día... Son muchas emociones...

Bernadette – Son cosas que ya no estamos acostumbrados a ver en París.

Adán – Ahora que lo pienso, Jacques, ¿usted asistió al parto de su mujer?

Jacques no tiene tiempo para responder, ya que Bernadette lo interrumpe.

Bernadette – ¡La naturaleza es impresionante! Cuando te la encuentras así, cara a cara... *(Se echa a llorar.)* ¡Dios mío! La vaca estaba de pie, con las dos pezuñas del ternero asomando por... Fue horroroso. Los granjeros le ataron una cuerda a las patas y tres hombres se pusieron a tirar...

Adán – Doy fe. Tres auténticos cretinos de los Alpes.

Bernadette (*llorando*) – ¡Y pensar que yo también he parido una ternera...!

Los otros tres se miran perplejos, sin saber muy bien si fue un lapsus.

Eva – Bueno, quizá deberíamos sentarnos a cenar. No vaya a ser que pierdan el tren...

Adán – ¿Qué nos has preparado de bueno, querida?

Eva – Ternera...

Jacques – Te ayudaremos a poner la mesa.

Bernadette – ¿Es todo lo que se te ocurre decir?

Jacques queda perplejo. Eva sale seguida de Jacques. Bernadette y Adán se disponen a seguirlos.

Bernadette (*en voz baja a Adán*) – Ya no lo soporto... A veces pienso: si tan solo hubiera tomado ese Concorde en lugar de romperse el cóccix.

Adán muestra una expresión desconcertada.

Negro.

VELADA

Adán, Eva, Jacques y Bernadette terminan de cenar. Los anfitriones se han arreglado para la ocasión; los huéspedes siguen vestidos de excursionistas.

Bernadette – ¡Estuvo delicioso! ¿Verdad, Jacques?

Jacques – ¡Desde luego! No sé si la habitación merece tres espigas, pero por la cena sí que se merecen la tercera.

Adán y Eva intercambian una mirada intrigada.

Bernadette – Tendrán que darle la receta a mi esposo, Eva.

Jacques – Cuando se tienen buenos productos...

Eva – Todo de la granja a la mesa. La ternera la compramos al vecino...

Bernadette se siente incómoda.

Adán – Pero esa no es la ternera que vieron nacer hace un rato, ¿verdad? Aunque supongo que esta también llegó al mundo de una manera similar, pero bueno...

Eva – Cada dos meses le compro una ternera entera. Me la trocea y me la entrega congelada en bolsas.

Bernadette – Ah, sí, es práctico.

Eva – No sé si podrá seguir haciéndolo, ahora que su mujer ya no está...

Jacques – ¿También se colgó ella?

Eva – Está en prisión...

Adán – Encontraron media docena de bebés en su congelador, precisamente...

Eva – Espero que al menos las bolsas estuvieran bien etiquetadas...

Se siente tensión. Eva prefiere cambiar de tema.

Eva – En cualquier caso, nos alegra que su madre no haya muerto al final. Nos permite pasar la velada juntos...

Adán – ¿Pero qué sucedió exactamente?

Bernadette – Bueno...

Bernadette lanza una mirada a su esposo para que la ayude.

Jacques – Una trágica confusión... Un ladrón le acababa de robar todos sus documentos.

Bernadette – Un polaco, según nos dijeron.

Jacques – Un indocumentado, precisamente.

Bernadette – Completamente borracho.

Jacques – Ya sabes cómo son los polacos.

Bernadette – Ahora que para viajar por Europa ni siquiera necesitan pasaporte...

Jacques – Total, que sale de casa de mi suegra y, ¡zas!, lo atropella un coche de policía.

Bernadette – Muerto en el acto.

Jacques – Un verdadero matadero.

Bernadette – Ya sabes cómo conducen, como locos.

Jacques – Cuando ponen su sirena.

Bernadette – Aunque muchas veces las ponen solo para llegar antes a la administración de lotería y echar la quiniela...

Jacques – Así que, como el ladrón llevaba encima los documentos de mi suegra, la policía creyó que la que había muerto era ella.

Bernadette – Y nos avisaron.

Jacques – Menos mal que nuestra hija fue al depósito de cadáveres para identificar el cuerpo.

Bernadette – Y ella vio claramente que no era su abuela...

Jacques – Sí, un polaco...

Bernadette – Totalmente borracho.

Jacques – Y muerto, además.

Adán y Eva están un poco aturcidos por este relato enrevesado.

Eva – A veces la realidad supera la ficción.

Adán – Sí... Si eso saliera en una serie, diríamos que el guionista se ha pasado...

Jacques – Y de todas formas, no era el momento de salir esta noche, de ninguna manera. Tenían razón, oigan. ¿Lo han visto? ¡Está nevando!

Bernadette – ¿Estás seguro?

Jacques – Ah sí, es extraño... Los copos son rosados...

Adán (*mirando*) – No, son los pétalos del cerezo que hay encima de la casa.

Eva – La floración está llegando a su fin. Cada vez que hay viento...

Jacques – Ah, es cierto. Hay un viento fuerte...

Bernadette – Me recuerda nuestras vacaciones en las Landas, en el sudoeste de Francia. ¿Te acuerdas, Jacques? En 1999 empezó igual, en Biscarrosse, justo antes de la tormenta que arrancó el tejado de nuestro hotel y arrasó miles de hectáreas de bosque.

Ruido de trueno. Adán y Eva se intercambian una mirada preocupada.

Eva – Sigán comiendo queso. Lo hago yo con la leche de esas cabras que pastan ahí delante... Aunque ahora está oscureciendo y ya casi no se las ve.

Bernadette – Pero las escuchamos.

Balidos de las cabras.

Jacques – Y parecen estar divirtiéndose...

Jacques y Bernadette se miran y se ríen a carcajadas, que rápidamente controlan.

Eva – Vendo el queso que sobra en los mercados de la zona. La verdad es que los clientes siempre parecen encantados. ¡No hay más que ver las sonrisas que se les quedan!

Jacques – Pues voy a tomar otro poco de ese queso que da la risa...

Bernadette se sirve también.

Bernadette – Mmm... Está delicioso...

Jacques – Y tiene un regusto... No sé a qué...

Bernadette – Sí... Se nota que es ecológico...

Eva se levanta.

Eva – Voy a traer el postre... (*Antes de salir, en voz baja, a Adán*) ¿Los hiciste fumar o algo así?

Adán – No, te lo aseguro... Y apenas han bebido...

Eva – Debe ser su estado natural...

Adán – O será el vino de diente de león, combinado con el aire de aquí, que según dicen tiene poco yodo...

Eva se va.

Adán – Por cierto, todavía no sabemos a qué se dedican. Me tienen intrigado...

Jacques – Ah... ¿Se lo decimos, Bernadette?

Bernadette – Vamos... A estas alturas, la suerte está echada...

Jacques – Somos clientes misteriosos.

Adán – Ah, sí, eso... Eso responde perfectamente a mi pregunta...

Eva vuelve con una tarta de fresas de España.

Jacques – ¡Clientes misteriosos! ¿No saben lo que es eso?

Adán – No.

Bernadette – Por ejemplo, una cadena hotelera nos contrata para alojarnos de incógnito en uno de sus hoteles de lujo...

Jacques – O en uno de sus hoteles más económicos, depende.

Bernadette – Todo pagado, naturalmente...

Jacques – Y al final entregamos un informe detallado sobre la calidad del servicio.

Bernadette – Después de lo cual, por supuesto, los empleados incompetentes son despedidos de inmediato sin indemnización...

Jacques – Los grandes chefs que se descuidan pierden su tercera estrella...

Bernadette – Y las casas rurales donde hay que arrodillarse para ahorcarse pierden su tercera espiga.

Eva parece consternada.

Eva – ¿Y les pagan por eso?

Jacques – Es un trabajo...

Adán – Y en este momento... ¿están de vacaciones o trabajando?

Bernadette (*misteriosa*) – Ah...

Jacques – Para conseguir tres espigas hay que merecérselas...

Adán y Eva tardan un momento en asimilar la noticia.

Adán – ¿Y a Santiago de Compostela van también como peregrinos misteriosos?

Eva – ¿O es solo una tapadera...?

Jacques – El año pasado nos envió el Vaticano a Lourdes.

Bernadette – Querían saber si no se exageraba un poco la fama de santa Bernadette, la de las apariciones de Lourdes.

Jacques – Hace tiempo que no hace milagros...

Pequeño malestar.

Bernadette – ¿Y si probáramos esta tarta?

Jacques – A ver si también merece la tercera espiga.

Eva (*a la defensiva*) – Es una tarta de fresas silvestres...

Jacques – ¡Pues son enormes por aquí!

Adán – ¡Y eso que no han visto las trufas! Para sacar la más grande tuvieron que traer una excavadora.

Eva sirve la tarta.

Eva – Aunque pensándolo bien, ¿no es un trabajo bastante agradable?

Adán – Cobrar por delatar a la gente, cuando tantos lo harían gratis... ¡Que se lo pregunten a los franceses durante la ocupación nazi!

Eva – Entonces, ¿se pasan la vida de vacaciones y de compras?

Bernadette – Oh, ya sabe, a la larga... Es agotador. Incluso peligroso, a veces. Les contamos sobre el Concorde...

Eva – Ah, ¿porque también estaban en misión entonces?

Jacques – Ya saben cómo son los aviones: a veces el servicio deja mucho que desear...

Bernadette – Y en los hoteles... Por no hablar de las habitaciones en casas particulares. Cualquiera convierte un desván sin ventanas en una encantadora habitación para huéspedes. No lo digo por ustedes, claro...

Jacques – Aun así... A veces me pregunto si no nos han echado una maldición...

Eva – Es extraño, pero yo también comienzo a tener esa impresión...

Jacques – Es que por donde pasamos no vuelve a crecer la hierba...

Adán – ¿Hierba?

Jacques – Estábamos trabajando en Tailandia justo antes del tsunami. Y teníamos que ir a Haití poco antes del terremoto...

Adán y Eva se miran consternados.

Jacques – Espero que no les estemos contagiando mala suerte a ustedes también...

Bernadette (*volviendo a la tarta*) – No he visto nunca fresas tan grandes... ¿Seguro que son fresas? Parecen dos mitades de melón...

Jacques – Y usted, Eva, perdone la curiosidad: ¿es la modelo de Adán?

Eva – No me diga que también mandan clientes misteriosos a los talleres de los pintores...

Jacques – Aún no... Es pura curiosidad de mi parte...

Eva – En ese caso... Tengo que conservar mi parte de misterio también...

Jacques – ¿Y de la pintura consigue vivir?

Adán – Los desnudos ya no se venden como antes. De niño iba al Louvre solo para ver mujeres desnudas. Ahora, con internet... Ya me entiende.

Bernadette (*a Adán*) – ¿No ha probado a pintar cabras?

Adán – ¿Perdón?

Bernadette – En vez de mujeres. Las cabras también son bonitas...

Jacques – Y muy divertidas. Escúchalas reír...

Bernadette – ¡Y además hacen queso!

Eva – ¿No quieren tomar un poco más?

Jacques – No vamos a dejar tan poquito...

Jacques se come el queso con una sonrisa tonta.

Eva – ¿Puedo hacerles una pregunta indiscreta también?

Bernadette – Adelante...

Eva – ¿Cómo se conocieron, usted y su esposo?

Jacques – No lo adivinaría nunca...

Adán – ¿En los Scouts?

Bernadette – ¿Cómo lo supo?

Adán – Se me ocurrió así.

Bernadette – La vida en la tienda de campaña crea lazos.

Jacques – Las tiendas de campaña no eran mixtas, claro, pero...

Bernadette – Las nuestras fueron arrastradas por una tormenta durante la noche mientras acampábamos en el bosque de Fontainebleau.

Jacques – Todos nos encontramos afuera a las tres de la mañana en ropa interior.

Bernadette – Y la naturaleza hizo el resto... Y ustedes, ¿dónde se conocieron?

Adán – En un club de intercambio de parejas.

Jacques – ¿Ah, sí...?

Adán – Bueno, era un club de vacaciones. Pero viene a ser lo mismo: yo fui con un amigo y cada uno salió con la mujer del otro...

Jacques (filosófico) – Al final, el mundo entero es una enorme orgía.

Bernadette lo mira un poco perpleja.

Bernadette – ¿Y si jugamos al Trivial Pursuit para rematar la velada?

Eva – Ah, lo siento, pero no tenemos ningún juego...

Bernadette – Mal punto para su tercera espiga... Los juegos de mesa son imprescindibles en una casa rural. Menos mal que siempre traemos el nuestro. (*Adán y Eva se quedan atónitos.*) ¿Vas a buscarlo, cariño? Está en mi mochila... (*Jacques sale.*) Debajo del revólver... (*Adán y Eva se quedan paralizados.*) Quiero decir, debajo del secador. Ya verán, Jacques y yo hacemos un equipo formidable.

Eva – Ay, no me sorprende...

Jacques vuelve con un Trivial Pursuit diminuto y lo pone sobre la mesa.

Bernadette – Es un formato de viaje, obviamente.

Eva – Ah, sí, hay que tener buenos ojos para leer las cartas...

Bernadette comienza a colocar el juego, luego se voltea hacia Jacques.

Bernadette – Olvidaste los dados...

Jacques – Perdón.

Se va de nuevo.

Bernadette – ¿Jugamos por parejas, para acabar antes? ¿De qué color quieren la ficha?

Adán – No sé... La roja...

Adán extiende la mano para tomar la ficha, pero Bernadette le agarra la muñeca para detener su movimiento y lo interpela con un tono firme.

Bernadette – ¡Eso ni tocarlo, imbécil!

Adán y Eva se quedan sorprendidos por ese tono asesino.

Bernadette (*volviendo a su tono amable*) – La roja es nuestra ficha de la suerte. Cojan mejor la naranja...

Adán – De acuerdo...

Jacques vuelve con dos dados enormes: uno tiene casi todas las caras marcadas con sietes y el otro con unos.

Adán y Eva se sorprenden.

Jacques le da a Eva el dado de los unos.

Jacques – Es su turno. Para saber quién comienza...

Eva lanza el dado.

Eva – Uno.

Bernadette – Nuestro turno...

Bernadette lanza otro dado.

Bernadette – ¡Siete!

Adán y Eva intercambian una mirada de asombro.

Jacques – Empezamos nosotros. Primera porción de quesito: Geografía. Háganos una pregunta.

Bernadette – Toma esa caja.

Eva saca una carta y lee.

Eva – ¿Cuál de estas tres ciudades no está a orillas del Loira: Tours, Blois o Lille?

Jacques y Bernadette consultan antes de dar su respuesta.

Bernadette – ¿Lille...?

Adán – ¡Bien hecho!

Bernadette – Viajando a pie por Francia, también se aprende geografía...

Jacques – Nuestro turno de nuevo.

Bernadette lanza el dado.

Bernadette – Otro siete. Quesito amarillo. Historia.

Eva – ¿Cuál de estas ciudades no está en Alemania: Lisboa, Berlín o Múnich?

Jacques y Bernadette se consultan nuevamente antes de dar su respuesta.

Bernadette – ¿Lisboa?

Adán – ¿Seguro que esa pregunta era de Historia?

Bernadette – Y otro quesito. ¿Quieres lanzar el dado, cariño?

Jacques lanza el dado.

Jacques – ¡Y otro siete!

Bernadette – Quesito naranja. Deportes.

Eva – ¿A qué velocidad se registró el saque de Boris Becker en Roland Garros en 1986, con un margen de dos kilómetros por hora?

Bernadette (*contrariada*) – ¿Tú fuiste el que guardó las cartas la última vez, Jacques?

Jacques – Sí, tal vez...

Bernadette – Yo diría... ¿52 kilómetros por hora?

Jacques – ¿Tanto? ¡Eso es casi lo que corre una moto!

Bernadette – Bueno, digamos 48, entonces.

Eva – Lo siento, fue 269.

Bernadette (*a Jacques*) – ¿Ves? Me has hecho fallar... En fin, es un juego. No siempre se puede ganar. Les toca. Cojan este dado.

Adán lanza el dado.

Adán – Uno.

Bernadette – ¿Cómo se llama el medicamento más conocido a base de cloroquina? Cuidado, que tiene trampa...

Eva – No tengo idea...

Adán – La Nivaquina.

Eva – Bravo...

Bernadette (*leyendo*) – Sangría.

Eva – ¿Sangría?

Bernadette (*leyendo de nuevo*) – Es cierto que es sorprendente, pero bueno... Es lo que dice en la tarjeta...

Jacques – ¡Como en el fútbol! Si nos ponemos a discutir cada decisión del árbitro...

Bernadette – ¡Disculpen, es nuestro turno! Vamos... (*Bernadette lanza el dado.*) ¡Otro siete! Bueno... Estamos teniendo suerte...

Jacques – Entonces... Verde, también para nosotros.

Eva – ¿Cuántas jorobas tiene un camello?

Jacques – Siempre confundo el camello con el dromedario... Yo diría que dos, por lo menos.

Adán – Me están impresionando...

Bernadette – ¡Y otro quesito! Vamos, un pequeño siete... (*Lanza el dado.*) ¡Siete! Quesito marrón. Literatura.

Eva saca una carta.

Eva – En Lucky Luke, ¿qué animal es Rantanplan?

Bernadette (*a Jacques*) – Hay que pensárselo bien. La literatura no es nuestro fuerte... El caballo se llama Jolly Jumper, de eso estoy segura... ¿Un perro?

Adán – Nos advirtieron que eran una pareja formidable, pero esto...

Bernadette (*a Jacques*) – Vamos, te toca lanzar el dado.

Jacques lanza el dado.

Jacques – Dos...

Bernadette – ¡Lo lanzaste demasiado fuerte! Bueno, en fin, son los altibajos del juego...

Eva – ¿Cuánto puede vivir una planta de zanahoria?

Bernadette (*furiosa con Jacques*) – Esta vez guardo yo el juego...

Jacques – ¿Si muere de muerte natural, quiere decir?

Bernadette – No lo sé...

Jacques – Menos que un conejo, ¿no?

Bernadette – El conejo se come la zanahoria...

Jacques – Diría... ¿cinco años?

Eva – Dos.

Bernadette – Bueno, bueno...

Eva – Es un promedio.

Bernadette – Bueno, entonces, a ustedes...

Eva lanza el dado.

Eva – Otro uno...

Adán – Siento que no nos acostaremos tarde.

Eva – Pregunta naranja.

Bernadette – Aquí tienen ocasión de recuperar terreno. Una facilísima: ¿qué club ganó la primera Copa de Europa de fútbol?

Adán se queda sin palabras.

Bernadette – Claro, hay que ser aficionado al fútbol...

Adán – Ni idea.

Eva – ¿Real Madrid?

Bernadette – ¿Cómo lo sabes...?

Eva – Lo he dicho por decir...

Bernadette (*molesta*) – Bueno... Entonces, otra vez para ustedes...

Eva lanza el dado.

Eva – Dos.

Adán – Ah, estamos progresando...

Bernadette – ¿De qué región francesa es típica la quiche lorraine...? (*Palidece.*) Ah, no, esa ya la hemos hecho...

Jacques – Debería estar en el otro mazo...

Bernadette – Les haré otra.

Jacques – Nunca sabremos si sabías la respuesta correcta. Es el juego...

Bernadette busca entre las cartas para encontrar una que le convenga.

Bernadette – Ah, aquí está. Deportes: ¿Cuántos goles marcó el francés Just Fontaine en el Mundial de 1958?

Adán (*a Eva*) – Vamos, tú...

Eva – ¿9...?

Bernadette – ¡13! Ah, no se puede tener suerte todo el tiempo... ¡A nosotros! (*A Jacques*) Esta vez, yo lanzo el dado...

Ella lanza el dado.

Bernadette – ¡Siete! (*A Jacques.*) ¿Ves? Cuando no tiras demasiado fuerte... Pregunta rosa. Por el último quesito.

Eva – ¿En qué museo se conserva el cráneo de Napoleón cuando era niño?

Bernadette (*consultando con Jacques*) – Nació en Ajaccio...

Adán – ¡Cuidado, solo tienes una oportunidad para responder!

Bernadette – Aun así, diría... ¿en el Museo de los Inválidos de París?

Eva voltea la tarjeta y, incrédula, lee la respuesta.

Eva – ¡Y es cierto!

Jacques y Bernadette se alegran y se felicitan mutuamente.

Jacques se dispone a guardar el juego. Bernadette toma un cuchillo que está en la mesa y lo sostiene frente al cuello de Jacques.

Bernadette (*con tono asesino*) – Esta vez, yo guardaré las cartas, ¿de acuerdo?

Jacques se encoge de hombros. Bernadette guarda el juego, mientras Adán y Eva la miran consternados.

Bernadette (*otra vez melosa*) – ¿Y ahora una partidita de Monopoly?

Adán y Eva muestran poco entusiasmo.

Jacques – ¿Un Mille Bornes, el juego francés de cartas?

Eva – ¿O un Cluedo?

Jacques – ¿O un strip póquer?

Eva – Quizá sea mejor que se vayan a dormir. Mañana les espera una buena caminata...

Bernadette – Bueno... ¿Quieren que mi esposo haga los platos?

Eva – No, no... De ninguna manera...

Jacques – Entonces hasta mañana, para el desayuno...

Eva – ¿Té o café?

Jacques – Oh, no se preocupen.

Bernadette – Preparen las dos cosas y ya nos apañaremos...

Adán – Buenas noches.

Jacques y Bernadette hacen un pequeño gesto de despedida y desaparecen.

Adán y Eva quedan solos, devastados.

Adán – ¿Lavas los platos o los seco...?

Eva – ¿Qué tal si dejamos todo esto para mañana y tomamos una pequeña infusión?
Creo que la necesito...

Adán – ¿Noche tranquila?

Negro.

DURANTE LA NOCHE

Bajo una luz irreal, con música que recuerda a un duelo de western, Jacques y Bernadette aparecen a lados opuestos del escenario, aún vestidos de scouts. Se dan la espalda. Cada uno lleva lo que parece una pistola. A cámara lenta se vuelven, se apuntan... y se descubre que son secadores de pelo. El ruido de los secadores es ensordecedor. La fuerza del aire parece arrastrarlos como en un vendaval.

Negro.

A LA MAÑANA SIGUIENTE

La luz ilumina poco a poco el escenario vacío. Adán entra en pijama, con una taza de café, contempla el paisaje, se sienta y abre el periódico. Eva aparece en camisón, todavía medio dormida, con un vaso de leche.

Eva – ¿Todavía no se han levantado, verdad...?

Adán – Ellos están de vacaciones. Se toman su tiempo. *(Mirando el periódico.)*
¿Sabías que los Alpes están en una zona sísmica?

Eva – No.

Adán – Esta noche hubo incluso un terremoto.

Eva – Ah, vaya...

Adán – Lo pone el periódico. Un grado en la escala de Richter. No hemos notado nada, claro, pero quizá sea un aviso. ¿Te acuerdas de lo que dijeron?

Eva – ¿Quiénes?

Adán – Nuestros huéspedes. Atila y su mujer: por donde pasan no vuelve a crecer la hierba. Y cada vez que se marchan de un sitio ocurre una catástrofe.

Eva – Todavía no se han ido...

Adán – No lo sé. Tengo un mal presentimiento.

Pero Eva no lo está escuchando realmente.

Eva – Espero que no aparezcan a la hora de comer. *(Prueba la leche y hace una mueca.)* Te confieso una cosa: cada vez me cuesta más beber la leche de la granjera...

Adán – Ahora que está en prisión...

Eva – Sí, parece leche maternizada...

Blanco.

Eva – Voy a asomarme discretamente a ver qué hacen. A lo mejor se han descuartizado a hachazos después de una partida de Mastermind. Anoche estaban muy alterados...

Adán – ¿Quieres que vaya yo?

Eva – Si veo un charco de sangre bajo la puerta, te aviso...

Adán retoma su periódico y vuelve a sumergirse en su lectura. Parece intrigado por otro artículo.

Eva vuelve.

Adán – Escucha esto... (*Lee.*) «Las autoridades sanitarias aún no encuentran explicación a la extraña locura que afecta a los habitantes de un tranquilo valle alpino cercano a la frontera suiza. Alucinaciones colectivas, exhibicionismo, orgías... Una posible pista: todos los afectados habrían consumido un queso de cabra artesanal elaborado en la zona».

Adán se voltea hacia Eva.

Adán – Vaya, tienes una expresión preocupada...

Eva – Se han ido.

Adán – ¿En serio...?

Eva – La cama está hecha. Ni siquiera sé si han pasado la noche aquí.

Adán – O tal vez hicieron la cama antes de irse.

Eva – Sería delicado por su parte...

Adán – Un buen hábito heredado de los scouts, seguramente. ¿No dejaron ninguna nota?

Eva – De todas maneras, no dejaron un cheque...

Adán – Al menos no robaron nada, ¿verdad? (*Ella le lanza una mirada poco tranquilizadora, y él entiende el mensaje.*) ¿No?

Eva – El desnudo que pintaste de mí... Solo queda el marco. Han cortado el lienzo con un cúter...

Digieren esta información.

Adán – No quiero ser pesimista, pero creo que las cosas pintan mal para tu tercera espiga...

Silencio.

Eva – Clientes misteriosos...

Adán – Empiezo a preguntarme si no se han estado riendo de nosotros...

Eva – A menos que hayamos soñado.

Adán – Una pesadilla, querrás decir...

Eva – No sé si fue una buena idea después de todo, esta casa de huéspedes...

Adán – Yo no he pintado un cuadro desde que llegamos. Ni las plantas ni las cabras me inspiran...

Eva – Y yo, entre la leche de la vecina y el queso de cabra, he engordado cinco kilos.

Adán – Sí, me di cuenta...

Ella lo mira cansada.

Eva – ¿Entonces, qué vamos a hacer?

Adán – Hay que admitirlo: el paraíso es como el Club Med. Está bien para una semana, quizá dos. Pero ¿quién querría quedarse a vivir allí para siempre?

Eva – Podríamos intentar venderle la granja a algún matrimonio inglés y volver a París.

Adán – Parece que la libra esterlina está subiendo.

Contemplan un momento el paisaje, como soñando.

Eva – ¿Te has fijado en que las cabras, estirando un poco el cuello, alcanzan tu cannabis al otro lado de la valla?

Adán – Y parece que les gusta, sí...

Balidos de las cabras que suenan como risas.

Eva – ¿Crees que el queso de las cabras que han pastado cannabis es alucinógeno?

Adán – No lo sé...

Eva – Debe tener el mismo efecto que un pastel de marihuana.

Adán – ¿Te das cuenta? ¡Hemos inventado sin querer el «Space Crottin de Chavignol», el queso de cabra con cannabis!

Eva – Habría que patentarlo...

Adán – O darle una denominación de origen. Podríamos llamarlo «El Cretino de Chavignol». Como el famoso queso de cabra francés «Crottin de Chavignol», pero haciendo un guiño a nuestros cretinos de los Alpes...

Eva – En todo caso, no está mal. Nuestros huéspedes lo pidieron tres veces anoche.

Adán – Eso explicaría su comportamiento un poco extraño...

Eva – Sí... *(Pensativa.)* Y nosotros llevamos tres meses comiéndolo...

Pausa contemplativa. Puede sonar una música psicodélica de los años setenta.

Adán – ¿Quiénes son esos dos idiotas que vienen por ahí pisoteando lo que queda de mi plantación?

Eva – Los de esta noche, hombre... *(Adán la mira sin comprender.)* Los nuevos huéspedes... *(Vuelven a sentarse a la mesa del desayuno, abatidos.)* He estado pensando en lo que dijiste ayer.

Adán – ¿Qué?

Eva – En el cine, justo cuando se apaga la luz y empieza la película, ¿por qué siempre llega tarde una pareja de idiotas y se sienta delante de nosotros, tapándonos los subtítulos?

Adán – Te parecerá horrible lo que voy a decir, pero empiezo a creer que los atraemos. ¡Nos persiguen hasta aquí!

Balidos de cabras.

Eva – ¿Entonces qué hacemos?

Adán – No vamos a dejarnos invadir sin luchar. ¡Hay que defender nuestro territorio y vender cabramente cara nuestra piel!

Eva – ¿Cabramente? Querrás decir «vender muy cara nuestra piel»...

Se miran. De pronto, al unísono, vuelcan la mesa del desayuno para convertirla en barricada y sacan las dos pistolas de juguete que estaban pegadas debajo con cinta adhesiva.

Adán – ¡Recuerda El Álamo!

Oscuro. Se oye una ráfaga de disparos y nuevos balidos de cabras aterrorizadas...

Adán – Creo que derribé a uno.

Eva – Yo también.

Los balidos de las cabras cesan de inmediato.

Adán – No se oye nada.

Eva – ¿Seguro que no les hemos dado a las cabras? Ya no se las oye reír...

Música de cierre.

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Abril 2023

ISBN 978-2-37705-924-9

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.